

condiciones del Senado, es decir, suspensión de los ataques contra las ciudades griegas y contra Egipto, devolución de los territorios tomados a los Lágidas, y aceptación de un tribunal sin apelación para resolver sobre los agravios hechos a Pérgamo y a Rodas.

Filipo había rechazado todas estas exigencias, pero no había querido declarar rota la paz, como deseaban los romanos. Esto, sin embargo, no evitó la guerra, que se originó con otro pretexto. Los antiguos aliados de los romanos, los atenienses, obedeciendo a un fanatismo salvaje, mandaron dar muerte en setiembre del año 201, como sacrificio religioso, á dos jóvenes acarnianos, pueblo de antiguo fiel á Filippo, que sin mala intención alguna habían acudido al templo de Ceres para asistir á las misteriosas fiestas de Eleusis. Habiéndose quejado los acarnianos al rey, les permitió que, auxiliados por soldados macedónicos á las órdenes de Nicanor, recorriesen á sangre y fuego el Atica. Ciertamente que este general, á fines del año 201, ante las amenazas de la embajada romana que se dirigía á Alejandría y que trabajaba por toda la Grecia en pro de Roma y contra Filippo, desistió de la empresa; pero los emisarios que los atenienses enviaron á Roma en marzo del año 200, para tratar de esta misma cuestión, dieron al Senado un pretexto cómodo para declarar la guerra, encontrando allí una acogida tan buena, que Filippo, avisado de la formal declaración futura de los atenienses, y conociendo perfectamente las intenciones de los romanos, ordenó á su general Filocles, que se encontraba en Grecia, que hostilizara energicamente á los atenienses.

Cuando el rey, en el siguiente otoño, regresó de la destruida ciudad de Abidos á Macedonia, supo, durante su marcha, que los romanos habían atravesado el Adriático. Su escuadra se encontraba en Corcira, su ejército en Apolonia. El Senado á duras penas había obtenido la aprobación de las centurias en la cuestión de la guerra contra Macedonia, á causa de lo fatigado que el pueblo estaba de luchas y especialmente de la que entonces sostenía con los celtas. Cuando por fin se consiguió, en el verano del año 200, que asintieran á ella, procuró el Senado reconciliarse con el pueblo, haciendo que se derramara la menor sangre romana posible y que, en cambio, pesaran la mayor parte de las cargas sobre los aliados. Para esto, se reclutaron en todos los puntos del Estado tropas aliadas, licenciándose todos los soldados que habían hecho la guerra de Anibal y que todavía estaban en el ejército (excepto tan solo los llamados *voluntarios*) y creando para la lucha con Macedonia seis nuevas legiones; dos de las cuales, á las órdenes del cónsul Publio Sulpicio Galba, muy conocedor de Grecia, se dirigieron, durante el invierno del año 200, de Brindis á Apolonia, mientras una parte de la escuadra, mandada por Claudio Cento, hacía rumbo hácia el Pireo. El Senado contaba con la cooperación no solo de los rodios y pergameses, sino con la de los muchos enemigos que tenía Filippo en la península de los Balcanes. La nueva guerra debía aparecer como emprendida para libertar á la Grecia del yugo macedónico, á consecuencia de lo cual, además de la guerra de las armas, se desarrolló en la península griega una animada lucha diplomática que, á lo menos en un principio, fué para los romanos tan provechosa como la otra.

Durante el otoño del año 200 nada importante acaeció en Apolonia; pero en cambio el caudillo Pleuratos de Scodra y el dardanio Bato se declararon en favor de Roma, y el almirante Cento atacó desde el Pireo la ciudad de Calcis, la capital militar del rey en Grecia, se apoderó de ella, y después de algun estrago, la abandonó precipitadamente. A marchas forzadas salió Filippo de la Tesalia é intentó apoderarse de Atenas por medio de un golpe de mano, pero fra-

casó á causa del auxilio que dieron á los atenienses Cento y Atalo de Pérgamo. De este fracaso se vengó Filippo destruyendo con inconcebible brutalidad algunos lugares sagrados de las cercanías de Atenas, tales como el Liceo, el Cinosargo y una porción de sepulcros; después de lo cual dirigióse apresuradamente al Peloponeso, para decidir en su favor por lo menos á los aqueos. Pero tampoco salió bien de este empeño; los aqueos se encontraban ocupados en la guerra contra Esparta, en cuyo reino, después de la muerte de Macanidas, el infame Nabis se había apoderado de la tiranía. Este hombre continuó la obra reformadora del infeliz Cleomenes III con sangrienta energía y en forma revolucionaria: á este efecto vengó de un modo cruel á los ilotas, periecos y proletarios espartanos de los agravios que habían sufrido de la antigua oligarquía, diezmando la nobleza de este país con sentencias de muerte, robando á los nobles sus mujeres, hijas y bienes, y repartiendo el botín entre los nuevos ciudadanos, es decir, entre los ilotas, periecos, proletarios y plebe de toda clase que allí acudió procedente de diversos puntos de Grecia. Nabis, al fortificar á Esparta, hizo de ella la base de un nuevo pueblo dado á la rapiña, cuyos corsarios hacían peligrosos los mares vecinos, y cuyos salvajes soldados tenían en continua alarma al Peloponeso. Filopemenes logró derrotarle, en el año 200, junto á la selva Scotitas (en el Paron), pero la duración de esta campaña y lo poco inclinados que se mostraban los aqueos á declararse en contra de los romanos y en pro de Filippo, en quien nadie confiaba y á quien se miraba con cierta aversión desde las crueldades que durante dos años había ejercido en las ciudades griegas, indujeron á la Liga á rechazar las proposiciones del macedonio y á mantenerse neutral en la lucha. Filippo, para desahogar la cólera que le había producido el mal éxito de su tentativa, después de intentar en vano un nuevo ataque contra Atenas y el Pireo, cometió muchas y nuevas atrocidades en aquellas comarcas. Los atenienses se vengaron destruyendo todas las imágenes y estatuas de Filippo y de los Antigónidas que existían en Atenas. En cambio, á fines del año anterior, el antiguo aliado, Atalo I, que desde hacía mucho tiempo había patrocinado la Academia, embellecido la ciudad con obras artísticas y que, por último, durante el otoño del año 201, junto con los embajadores romanos, había protegido á Atenas contra los macedonios, fué colmado de los mayores honores: además se dió su nombre á la duodécima fila y su estatua fué colocada en la parte Sur del mercado junto á la de los otros once epónimos.

La guerra entre romanos y macedonios comenzó á tener carácter de gravedad durante la primavera del año 199, pero ni el procónsul Sulpicio Galba ni sus aliados consiguieron nada definitivo; solo la armada romana y las escuadrillas aliadas del Oriente alcanzaron algun éxito. Los dardanios sufrieron grandes derrotas. El general romano pudo ciertamente adelantarse desde Apolonia hasta Lincestis, pero no logró librar batalla alguna campal contra los macedonios. Cuando los etolios y los epirotas atamanes del alto Aqueloo, á las órdenes del caudillo Aminandro, y á excitación de los romanos, se decidieron á tomar parte en la lucha é invadieron con furia la Tesalia, Filippo tuvo que retroceder á Cordeia, y entonces Galba, después de un combate feliz, consiguió asolar los altos territorios del Oeste de Macedonia. Pero en cuanto los romanos hubieron de nuevo regresado al Adriático, Filippo arrojó á los etolios y á los atamanes de Tesalia, y en la primavera del año 198 se atrevió á atacar á los romanos, á pesar de que Antíoco III, que había aparecido en aquel mismo año en el Asia Menor y atacado á los pergameses, se había dejado seducir por la diplomacia romana y dejando, contra toda política racional, á Filippo en la estacada, había

regresado nuevamente á Siria. Filippo se apoderó del paso del Aonos, situado entre las colinas Eropos y Asmaos, con lo cual cortaba por completo al nuevo procónsul el camino de Macedonia.

Por último apareció en el campamento romano el cónsul patricio del año 198, Tito Quincio Flaminio, el héroe de esta guerra. Hombre de treinta años, dotado de excelentes cualidades, general experto que en 208 había sido teniente de Marcelo, excelente diplomático y entusiasta filheleno, tuvo en seguida la suerte de que la deserción del caudillo epirota Carope, le proporcionase medios para cercar las posiciones de Filippo, que este hubo de abandonar después de algunos desastrosos combates, dirigiéndose incontinenti al paso de Tempe. Entonces muchos epirotas se pasaron á los romanos; pero en cambio en Tesalia, que fué invadida por los romanos, etolios y atenienses, algunas plazas fuertes opusieron tenaz resistencia al enemigo.

Flaminio, que aplazó para el siguiente año la batalla decisiva, estableció sus cuarteles de invierno en Focea, desde donde consiguió que los aqueos, cuyo jefe Filopemenes se había enemistado con la aristocracia aliada por sus trabajos en pro de la democratización de la liga, y se había dirigido en 200 á Creta como caudillo de mercenarios, se unieran á Roma en la dieta de Sicione, en donde, por la presión de los romanos y de sus partidarios, había sido vencido el partido macedónico. Hecho esto, los aqueos se reunieron con la escuadra aliada, y juntos pusieron sitio á Corinto.

El momento decisivo se aproximaba. Una tentativa hecha por Filippo durante el invierno y la primavera del año 197 para entrar en tratos con Flaminio y con el Senado, fracasó á causa de las pretensiones de los romanos, que exigían de Filippo que abandonara todas sus posesiones griegas. Entonces con la indigna rendición de la ciudad de Argos, que por causa suya se había separado de los aqueos, consiguió atraerse, durante la primavera del año 197, al cruel Nabis, que después le engañó entrando en negociaciones con los romanos, pero que, por el pronto, con sus corsarios destruyó la escuadrilla que debía aprovisionar á aquellos. Flaminio, por su parte, se apoderó de Tebas, con lo cual logró que los beocios se separaran oficialmente de Filippo, de suerte que solo los acarnianos se mantenían ya fieles á Macedonia.

Cuando, por fin, ambos adversarios hubieron hecho todos sus preparativos, Filippo salió de Dion al frente de 26,000 hombres y se dirigió contra Flaminio, el cual, desde Focea, invadió la Tesalia, y, con el auxilio de algunos contingentes aliados y con el refuerzo de 4,000 jinetes tesalios, pudo presentar en campaña una caballería superior á la de su enemigo. Durante el verano de 197, libróse la esperada batalla decisiva, á consecuencia de un combate parcial que las avanzadas trabaron en las cercanías de Scotusa, junto á la cordillera de Cinoscéfale. En un principio la ventaja estuvo de parte del ala derecha de los macedonios, hasta que los romanos, apoyados por un ataque de los etolios, especialmente de su caballería, formaron sus legiones y consiguieron romper, con algunos elefantes, el ala izquierda de la falange que iba avanzando. Cuando al fin los romanos lograron arrollar la mitad derecha del ejército macedonio, Filippo hubo de emprender la retirada hácia Gonnoi, regresando luego á Macedonia, no sin haber perdido 13,000 hombres, de los cuales 8,000 perecieron en la batalla y 5,000 fueron hechos prisioneros: los romanos solo tuvieron 700 bajas. Esto, unido á las malas noticias que llegaban de Acarnania, de Corinto y de Caria, indujo á Filippo á entrar en negociaciones con Flaminio, que había marchado á Larisa y pactar desde luego un armisticio de cuatro meses, como preliminar de un formal tratado de paz.

Ciertamente que entonces había estallado la gran revolución his-

pánica; cierto que Antíoco III había aparecido en el Asia Menor, naciendo de aquí un conflicto con los rodios, y que se temía que con sus 200 buques de guerra y con su ejército, que se estaba reuniendo en Sardes, se dirigiera hácia Europa; pero Filippo había perdido el valor y no se sentía inclinado á poner sus esperanzas en un auxilio problemático, ni á reanudar una lucha de dudoso éxito con las últimas fuerzas de su abatida nación. Por esto aceptó las condiciones tales como Flaminio se las había ofrecido antes. El general romano que, por un lado, era bastante prudente para rechazar la brutal idea de los etolios de destruir el reino de los Antigónidas, muralla avanzada de la Grecia contra las invasiones de los bárbaros del Norte, y por otro, quería naturalmente acabar cuanto antes la guerra de Grecia para impedir una alianza entre Filippo y Antíoco III, procuró llegar pronto á un arreglo. Durante el armisticio, el Senado se ocupó en discutir las condiciones de la paz definitiva.

El arreglo no encontró en Roma obstáculo alguno, y en su consecuencia, durante la primavera del año 196 y siguiendo la costumbre establecida, salieron de la capital diez emisarios del Senado para que, juntos con Flaminio, establecieran el nuevo orden de cosas en el país macedónico griego. El Senado no acariciaba en manera alguna la peligrosa idea de poseer grandes dominios allende el Adriático, pero hubo de aprovechar la ocasión de fundar sobre base segura la supremacía romana en la península oriental. Para esto, por regla general, Roma se apropió el derecho que tenían los Estados macedónicos y griegos de acuñar moneda, con lo cual quedó proclamada su soberanía. Macedonia quedó mas humillada de lo que Flaminio quería, pues que Filippo perdió todas las posesiones que tenía fuera de Macedonia, en Grecia, en las islas, en el Asia Menor y en la Tracia, conservando únicamente íntegros los territorios que de antiguo constituían la Macedonia. El rey hubo, además, de entrar en simaquia con los romanos y prestarles su auxilio cuando así lo exigiesen: no podía firmar alianza alguna extranjera sin consentimiento de aquellos, ni apoyar á los enemigos de Roma ni á los aliados de estos, ni atacar á los aliados de la ciudad del Tíber; solo en caso de ser atacado por éstos, podía defenderse. Un tribunal debía resolver todas las cuestiones que se suscitaban entre Filippo y los aliados romanos, debiendo, por último, el rey macedonio pagar una contribución de guerra de 1,000 talentos.

La cuestión que ofrecía grandes dificultades para Roma era determinar su situación respecto de Grecia que había roto su antigua alianza con Macedonia: cuestión tanto mas difícil, cuanto que siempre se había presentado la guerra contra Filippo como emprendida para libertar á los helenos del yugo de los Antigónidas. Las simpatías que los romanos sintieron por la civilización, literatura y artes griegas, y por los mismos helenos, cuyo lado malo no conoció entonces bien Flaminio, y la política del Senado que parecía tan noble en los asuntos griegos, exigían, al parecer, la completa liberación de los Estados griegos que se extendían hasta el mar Egeo. No faltaron, sin embargo, en Roma algunos ancianos y jóvenes políticos realistas, que creían no solo importante, sino necesario, tanto para asegurar la supremacía romana en los territorios libertados, como para proteger las fronteras marítimas griegas contra cualquier ataque eventual de los Seléucidas, dejar en Grecia considerables fuerzas militares, ó, por lo menos, poner guarniciones romanas en las tres principales fortalezas de Demetria, Calcis y Corinto que, hasta entonces, habían estado en poder de Filippo y que eran llamadas «los tres cerrojos de la Grecia.» Y á decir verdad no eran infundados los temores que inspiraba Antíoco III. Ciertamente que el Seléucida no había acudido al auxilio de los macedonios,

pero en cambio, y en cuanto se lo permitieron los rodios, había atacado las comarcas del Asia Menor que hasta entonces ocupara Filipo, pretendiendo apoderarse especialmente de las costas griegas que le habían cedido los Lápidas, y acariando el proyecto de restablecer el antiguo imperio de los Seléucidas. Ciudades como Smirna, Alejandría, Troya y Lampsaco le opusieron tenaz resistencia, mas á pesar de todo pudo el gran rey recorrer los territorios que habían abandonado las guarniciones de Filipo, consiguiendo, además, en 196 atravesar el Helesponto y apoderarse del Quersoneso, con las fortalezas de Lisimaquia, Sestos y Madytos, sin que bastasen á impedirselo las protestas de los romanos.

VIII.—ROMA DECLARA INDEPENDIENTES Á LOS HELENOS (196).
SITUACION DE LOS PROTECTORES ROMANOS EN GRECIA. NABIS

En estas circunstancias Flaminio, confiado en la recta política que había mostrado en la cuestion griega, en el agradecimiento de los helenos por él libertados, y animado por la frase burlesca de los etolios «de que Filipo había entregado á los romanos *los tres cerrojos de la Grecia*,» siguió adelante en su empresa. Estas tres fortalezas debían, pues, permanecer, solo transitoriamente, en poder de los romanos. Además, el joven prócónsul notificó á los helenos, reunidos en los juegos ístmicos del año 196, que el Senado declaraba completamente libres é independientes á todas las ciudades y tribus que hasta entonces habían estado bajo la soberanía de Macedonia.

Grande fué el entusiasmo de los impresionables griegos; y sin embargo, no llegaron aquellos hermosos tiempos que para la política romana esperaban de este acto los mismos griegos y los romanos filhelenos, como Flaminio. Los romanos pensaban sin duda en dar libertad á Grecia, pero los cálculos de los hombres de Estado filhelénicos del Senado eran falsos en muchos de sus puntos esenciales. Cuando quisieron captarse las simpatías de los griegos dieron á la libertad de los helenos la significación de que estos últimos podrían vivir en paz gozando de su plena soberanía nominal, bajo el protectorado del Senado romano, y serían los naturales aliados de Roma. Pero en su concepto no debían llegar las cosas hasta formar con las ruinas del imperio macedónico fuertes Estados militares y concededores de su propia fuerza; y tanto menos deseaba el mismo Flaminio extender las nuevas libertades de los griegos, cuanto que estos, en determinadas circunstancias, se alzaron contra Roma y mostraron el desagradecimiento inconsciente que sienten todos los pueblos hácia sus libertadores extranjeros. De esta ingratitud dieron pronto prueba los griegos. Por un lado no se habían conseguido establecer buenas relaciones entre romanos y etolios: aquellos no perdonaron nunca á los cleftas etolios la paz especial que habían firmado con Filipo; éstos, en cambio, que se habían envanecido á consecuencia de los importantes servicios prestados durante la campaña del año 197, no perdonaban á Flaminio el haber destruido el imperio macedónico, contra lo que ellos deseaban, y el haber considerado á la Etolia solo como una parte de los territorios nuevamente libertados. En efecto, les estaba prohibido atravesar la línea de Lamia y del Otrís, al paso que el ilirio Pleuratos y los aqueos se hallaban muy favorecidos. De aquí nació la enemistad entre etolios y romanos, poniéndose al propio tiempo de manifiesto que los libertados griegos no tenían fuerza para gobernarse por sí mismos. Tales como se encontraban las cosas, la mayor parte de los griegos (etolios, aqueos, espartanos y atenienses) estaban convencidos de que con el tiempo se verían obligados á incorporarse á Macedonia, mas por desgracia suya la jornada de Cinoscéfale había desvanecido para siempre esta esperanza. Desde entonces estos pue-

blos, de entre los cuales los beocios fueron los que mas odio mostraron contra Roma, se vieron obligados á ser otra vez autónomos, por mas que en su mayor parte estuviesen económica y moralmente destruidos y asolados por las luchas intestinas. La consecuencia natural de esta desgraciada libertad fué que, por una parte, los romanos, en cuanto conocieron el estado de cosas y la trascendencia del desorden gubernativo, ya sangriento, desconfiado y alevoso, ya ridiculo y ambicioso, sintieron en vez de las antiguas simpatías, una fuerte inclinación á proceder con los griegos sin consideraciones de ninguna especie; y que por otra, en toda la Grecia, á excepcion de la Etolia, se formaron dos partidos, uno romano, compuesto de la aristocracia y de la timocracia del país, y otro democrático que, identificado con la población pobre, se encontraba dispuesto á emanciparse de los libertadores romanos, aun cuando para ello hubiesen de acudir á otra intervencion extranjera. Esta diversidad de opiniones atrajo durante medio siglo grandes desgracias sobre los griegos. La enemistad de los etolios contra los romanos fué causa de que Grecia fuese pronto teatro de una nueva guerra que obligó á los romanos á dejar sentir en algunos helenos, en vez del benigno protectorado que hasta entonces habían ejercido, su fuerza destructora, tratándoles militarmente sin ninguna clase de consideraciones.

Flaminio, antes de abandonar la Grecia había procurado vencer las últimas dificultades. La lucha entre los romanos y el sanguinario Nabis, caudillo de Esparta, tomó tal carácter de gravedad, que el general romano, á quien los aqueos facilitaron aquella expedición, se preparó durante la primavera del año 195, para dirigirse con los panhelenos, á excepcion de los etolios, contra Esparta. En el verano del propio año, romanos, macedonios, griegos, rodios y pergameses, estos últimos, enviados por su rey Eumenes II, hijo y sucesor de Atalo que había fallecido en 197, se arrojaron sobre la Laconia: los 18,000 hombres de Nabis no pudieron resistir por mucho tiempo á los 50,000 de Flaminio, que le obligaron á capitular despues de haberse apoderado de una parte de la ciudad de Esparta. Flaminio que solo había mirado por los intereses romanos y por el castigo de la falta cometida por Nabis contra Roma, y que no se creía obligado á presentarse como vengador de los aqueos y de la oligarquía dórica, no quiso, con gran descontento de estos, aniquilar por completo al tirano, contentándose con hacerle inofensivo. El territorio de Nabis quedó limitado á la ciudad de Esparta y á sus alrededores, y su escuadra vióse reducida á dos buques, perdiendo además el derecho de hacer por sí y ante sí la guerra y de contraer alianzas con el extranjero. Las antiguas ciudades periecas de Laconia que habían sido separadas de Esparta, fueron consideradas como eleuterio-laconias (1) y puestas bajo la protección de los aqueos.

En la primavera del año 194 abandonó Flaminio las fortalezas griegas, y despues de haber conseguido que los helenos pusieran en libertad á los muchos prisioneros romanos que durante la guerra de Aníbal habían sido vendidos en Grecia como esclavos, regresó á Italia para celebrar triunfo tan importante.

El abandono de las fortalezas en aquel momento fué una imprudencia, pues las relaciones entre el Senado y Antíoco III habían tomado cierto carácter de tirantez, y las negociaciones diplomáticas entabladas en 196 con este soberano no habían producido resultado alguno. La situación se agravó cuando en 195 se presentó en Efeso el mortal enemigo de Roma, Aníbal, que fué colmado de honores por Antíoco.

(1) Es decir como ciudades laconias libres: de *eleuteria* libertad. (N. del T.)

Los romanos, despues de la paz de Escipión, no habían cesado de mirar con gran desconfianza á Cartago y á Aníbal, á pesar de que tenían en su apoyo junto al abatido Estado cartaginés, un auxiliar tan poderoso como Masinisa. Aun cuando el desgraciado fin de la guerra con Roma había hecho subir de nuevo al poder al partido de Hannon, no por eso dejaba de ser muy considerada la imponente personalidad de Aníbal, el cual consiguió, por fin, alcanzar uno de los cargos mas importantes del Estado, que era el de sufeta. Con la influencia que le daba este cargo (1) y auxiliado por el demos pudo destruir el principal baluarte de la oligarquía, que era la perpetuidad del cargo de senador, democratizar la constitucion, y ordenar la hacienda, reprimiendo abusos y fraudes, de tal manera que pudo pagarse el tributo á Roma, sin necesidad de apelar á contribuciones extraordinarias. El partido derrotado denunció, ciego de ira, á este grande hombre ante el Senado romano, acusándole de estar en relaciones secretas con los enemigos de Roma. Solo el noble vencedor de Zama fué demasiado orgulloso para creer en tal perfidia: el Senado, que veía complicarse la cuestion asiática y seguía temiendo al gran cartaginés, dió crédito á la denuncia. Así, cuando se presentó en Cartago una embajada romana, no dudó Aníbal un momento de que Roma deseaba apoderarse de su persona, por lo cual abandonó secreta y prontamente para siempre su patria natal y se dirigió, con espanto de los romanos, hácia Efeso.

Los romanos titubearon todavía; pues no tenían deseo alguno de comenzar una nueva é importante guerra en el lejano Oriente. Entre tanto, Antíoco III, prudentemente aconsejado por Aníbal, se preparaba diplomática y militarmente para la guerra contra Italia que, en su concepto, era inminente. En el año 193 se llevó á cabo el matrimonio entre su hija y el joven rey de Egipto. Además de esto, procuró entrar en negociaciones con todos los elementos importantes del Asia Menor, prometiendo para ello á las ciudades griegas que, como Rodas, Cizico, y en Europa Bizancio, no eran independientes, el reconocimiento de su soberanía. Contando, además, con el auxilio de los etolios y macedonios, pensaba ya en enviar á Aníbal con grandes fuerzas hácia Africa é Italia. Pronto vino el rompimiento de las relaciones diplomáticas con Roma. Cuando Antíoco envió á Roma (193) una embajada presidida por Menippo, para llegar á una decision definitiva, Flaminio, que dirigía la política del Senado en lo tocante á Grecia, puso de manifiesto clara y sencillamente las condiciones que debían exigirse para llegar á un acuerdo con los Seléucidas; estas eran que Antíoco ó renunciase á las posesiones que tenía en Europa, especialmente en Tracia, en donde las tropas sirias se extendían cada vez mas, limitándose á sus dominios del Africa; ó, si quería permanecer en Tracia, permitiese que los romanos tuviesen el derecho de protección sobre sus aliados asiáticos y sobre las ciudades amigas de estos. No por esto se rompieron todavía las hostilidades; pero cuando en la primavera del año 192 no pudieron los emisarios romanos enviados á Efeso llegar á ponerse de acuerdo con el rey, decidió Roma comenzar la guerra, para la cual también se había preparado Antíoco.

IX.—AGITACION DE LOS ETOLIOS CONTRA ROMA Y Á FAVOR DE
ANTIÓCO III. GUERRA SIRIO-ETOLIA

La lucha comenzó en Grecia, por causa de los etolios. Estos, en su odio á los romanos, se habían agitado, durante el año 193, contra la dominación de Roma, en todas las comarcas de la península griega, y, guiados por sus fanáticos cau-

(1) El cargo de sufeta en Cartago duraba también un año y era análogo al de los cónsules en Roma. (N. del T.)

dillos Toas y Damócrito, habían trabajado para conseguir que los Seléucidas desembarcaran rápidamente en Grecia y para hacer en esta gran número de prosélitos al rey. Pero, en su locura, se equivocaron ellos mismos y engañaron á Antíoco acerca de los verdaderos deseos de los griegos, los cuales, si bien estaban cansados y descontentos de la dominación romana, no querían tomar las armas en pro de Antíoco. Los agitadores etolios afirmaron, además, con una seguridad que no debían tener, que iba á comenzar la guerra de Efeso.

El mas prudente y sabio de todos los gobernantes griegos, Filipo V, se mantuvo en la mas absoluta reserva ante tales exhortaciones. El rudo Nabis se dejó convencer de la conveniencia de un rompimiento que le permitiera reconquistar las ciudades marítimas de Laconia; y despues de algunos preparativos diplomáticos, y sin consideración de ninguna clase, arrojóse el tirano, durante la primavera del año 192, sobre la poderosa Githeion. Pronto se pusieron los aqueos en movimiento contra él: los romanos, aun cuando estaban advertidos y estimulados por Eumenes II de Pérgamo, que era, en Asia, el principal enemigo de los Seléucidas, creyeron, al tener noticia del levantamiento del caudillo de Esparta, que la sublevación estaba en su apogeo; enviaron una armada al golfo laconio, y dispusieron que Flaminio pasara á Grecia para salir al encuentro de los agitadores etolios y asegurar la fidelidad de los helenos á Roma. El valiente Filopemenes, que era otra vez presidente de la Liga aquea, no quiso seguir el consejo de Flaminio y esperar la llegada de la escuadra romana, sino que se apresuró á atacar desde luego á los espartanos. Nabis se vengó de la pérdida de un combate naval y de la toma de Githeion, asolando el valle del Eurotas y consiguiendo una gran victoria sobre el ejército de tierra. Flaminio firmó un armisticio y procuró que Filipo y los demás griegos se agruparan en torno de la bandera romana. Pero se encontró con grandes dificultades, en primer lugar, por la energía de los etolios, cuyo orgulloso presidente, Damócrito, en union del enviado sirio Menippo, consiguió que la asamblea del país tomara, en presencia de Flaminio, el acuerdo de llamar á Antíoco para que acudiera á libertar la Grecia, y con necio orgullo abogó porque las tropas etolias se presentasen inmediatamente en el Tíber; y, en segundo lugar, por causa del partido griego que solo se inspiraba en los intereses locales y que era presa de la mayor desconfianza. Ciertamente que Esparta abandonó la causa de los enemigos de Roma, pues cuando el general etolio Alexameno condujo al Eurotas las tropas de auxilio que había pedido Nabis, asesinando luego al tirano y comenzando, en mal hora, á devastar la ciudad, sublevóse el pueblo de Esparta, dió muerte á la mayor parte de los cleftas y, á propuesta de Filopemenes, ingresó en la Liga aquea. Pero en cambio, los agitadores etolios, conducidos por el hiparca Diocles, despues de apoderarse por sorpresa de la fortaleza de Demetria, y de haber asesinado al jefe del partido contrario, indujeron á los magnetas á que desertaran de su campo pasándose á sus filas. Además, el elocuente general etolio Toas se dirigió al Asia para entenderse con el gran rey, y no solo supo engañar por completo á los Seléucidas respecto del supuesto entusiasmo de los griegos por sus nuevos libertadores y de las fuerzas con que contaban para la lucha, sino que ayudó los planes de los palaciegos envidiosos de Aníbal para quitar á este grande hombre la confianza de Antíoco. Era este de ánimo pequeño, poco á propósito para apreciar la magnitud de la suerte que le deparaba el general cartaginés, é incapaz de comprender los planes que le había propuesto Aníbal. El pensamiento de reunir todos los enemigos con que debía luchar Roma desde el Tajo al Halis y de intentar con ellos y con la escuadra un poderoso ataque contra la Italia, solo podía ser llevado á